



Mi experiencia como voluntaria en Melilla

Cuando me pidieron que escribiera unas líneas sobre mi experiencia en Melilla, me pareció complicado resumir brevemente todo lo vivido, aunque lo que hicimos sí pueda contarse en pocas líneas.

En primer lugar, es preciso hacer mención a la especial particularidad de la ciudad autónoma, que cuenta con una doble frontera: la ya famosa vaya, cuyo salto no garantiza a los migrantes que la cruzan la oportunidad que vienen buscando, y el puerto de Melilla, paso aún más infranqueable, ya que es donde se encuentra la frontera Schengen.

Los chicos a los que atendíamos habían llegado a España años atrás siendo aún menores de edad. Solos. Sin compañía de un adulto. Sí, los famosos “mena”, denominación administrativa que, dicho sea de paso, tristemente conlleva aparejada unas connotaciones que podríamos plantearnos si son las más adecuadas para referirnos a un niño. En su mayor parte, estos chicos vienen de Marruecos, pero también de Argelia, Túnez o el África Subsahariana. A pesar de que recientes estudios sitúan la frontera más desigual del mundo entre Corea del Norte y Corea del Sur, seguida de la frontera entre Arabia Saudí y Yemen, tradicionalmente se ha destacado la brutal desigualdad de la de España y Marruecos, ya que supone la división entre dos mundos: África y Europa, Oriente y Occidente. Cabe destacar, además, que el PIB se sitúa en España en torno a los 30.000 dólares por habitante, mientras que en Marruecos apenas llega a los 3.000 dólares.

Nuestra experiencia ha consistido fundamentalmente en proporcionar asistencia jurídica a extutelados de la ciudad autónoma de Melilla en la obtención de la documentación necesaria que les permitiera viajar a la Península —donde esperan poder tener esa ansiada oportunidad que les llevó a dejar sus países de origen siendo solo unos niños—, la tramitación de los procedimientos en los que se encuentran inmersos y, en algunos casos, asistirles en cuestiones relacionadas con la solicitud de protección internacional.

Los días en Melilla son intensos. Desde bien temprano, se acumulan los adolescentes que necesitan ayuda en la tramitación de sus procedimientos, en las distintas Administraciones públicas a las que se deben enfrentar. Nuestra tarea no ha sido especialmente distinta de la de

otros años, aunque esta vez hemos sido más los voluntarios de la Fundación Profesor Uría que nos hemos desplazado a Melilla, y eso nos ha permitido atender a más adolescentes.

Su realidad, en cambio, sí ha cambiado notablemente en los últimos meses. En Melilla, este año prácticamente solo quedaban quienes no tuvieron la suerte de completar en plazo los procedimientos administrativos necesarios para regularizar su situación o poder viajar a la península. El cierre de la plaza de toros de Melilla, como centro de estancia temporal, ha supuesto que muchos de los adolescentes con los que nos encontramos se vean obligados a malvivir en la calle, casi sin esperanza de tramitar sus procedimientos y forzando, en algunos casos, procedimientos administrativos abocados al fracaso. Una triste realidad que se ha recrudecido notablemente. Si antes eran los olvidados, hoy son poco más que los invisibles.

Sin duda alguna, esta experiencia no ha podido ser más gratificante. A pesar de las largas jornadas, el agradecimiento de los chicos, acostumbrados a la marginalidad, la discriminación y la exclusión, era abrumador. Sus miradas pagaban todo ese esfuerzo y más. Y a mí solo me queda agradecer a la Fundación Profesor Uría que haya contado conmigo para este maravilloso proyecto, y sentirme agradecida al despacho Uría Menéndez por no olvidar su compromiso social. Cuando se ocupa una situación tan favorecida, puede ser fácil —e incluso hasta comprensible— acomodarse y girar la cara a otras realidades como mecanismo de autoprotección. Creo que es un orgullo formar parte de una casa en la que no se pierde la perspectiva de la realidad social que nos rodea e intenta poner su granito de arena para que el mundo sea un lugar mejor.

Mercedes Castillo